

LA HIPÓTESIS SAINT-GERMAIN DE MANUEL MOYANO

CARMEN M. PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

A fines del año 2017, en la editorial Algaida, Manuel Moyano publica *La hipótesis Saint-Germain*. Para que el escritor saque del cajón un texto guardado y retomado aproximadamente a lo largo de una década ha servido un distinguido reconocimiento, el XVII Premio «Carolina Coronado» de Novela de la Ciudad de Almería. Lo avala el jurado compuesto por Espido Freire, Luis Alberto de Cuenca, Luis del Val, Eugenio Fuentes y Manuel Pecellín Lancharro. Ha sido el último premio de una lista nada escueta que también sirve de aval para la obra de Moyano: por *El amigo de Kafka* ganaba el Premio Tigre Juan en 2001, por *La coartada del diablo* el Premio Tristana en 2007, por *El experimento Wolberg* el Premio Libro del Año de la Región de Murcia, por *El imperio Yegorov* el Premio Celsius de la Semana Negra de Gijón en 2014 y ser finalista, además, del Premio Herralde de ese año. Tal fecundidad literaria queda confirmada por las obras del autor que han visto la luz durante el mismo año de 2017, tales como *El abismo verde* (finalista del Premio Tristana) y *Aventuras del piloto Rufus*, una novela y un texto infantil, respectivamente, entre un mar de obras que incluyen la narrativa breve y la no ficción, un perfil del escritor que nada tiene que envidiarle al de novelista.

Ante *La hipótesis Saint-Germain* se redobra el placer de quien lo lee: por reconocer sin dificultad el estilo propio del escritor –potente y depurado, a la par que versátil– y, al mismo tiempo, por encontrar en esa obra un tratamiento y un resultado diferentes respecto a su trayectoria anterior. En la presentación del libro el escritor reconocía que, más allá de debates sobre literatura fantástica y/o comercial, se trata de una obra que le apetecía escribir. Fantasía y viajes, ironía y misterios se mezclan en un cóctel con un sabor diferente al acostumbrado, lo que viene a demostrar la versatilidad del autor, que deliberadamente pretende escapar de toda adscripción genérica sin dejar de rendirle homenaje a la literatura precedente. Esos mismos ingredientes son los que se pueden intuir desde la portada escogida para esta edición, una portada con cierto aire cinematográfico, oscuramente misteriosa, en cuyo centro se encuentra un hombre vestido de época pero sin rostro apreciable, aureolado por

un gran reloj sin manecillas, en medio de una noche estrellada en un lugar rocoso e indeterminado. ¿Qué hipótesis pueden aventurarse sobre ese misterioso hombre?

Con esa portada, pues, se quiere adivinar algo del argumento, lo que también refuerza la bellísima cita introductoria que pertenece a las *Meditaciones* de Marco Aurelio: «¿Qué partícula del tiempo infinito e insondable ha sido asignada a cada uno?». A pesar de ese halo previo de incertidumbre, las coordenadas espacio-temporales de la historia son claras en el «Preludio» de la obra: se sitúa en Woolsthorpe, Inglaterra, en el año 1666, donde concretamente se desarrolla una primera escena que protagonizan un joven con las iniciales I. N. y un tal Alastair Welldone que lo visita en su huida de la epidemia de peste que asola la ciudad de Londres. Pero no será la única escena misteriosa, ya que tras cada una de las tres primeras partes de la novela se incluirá un «interludio», que girará en torno a un encuentro entre algún científico genial e indispensable y un personaje con nombre enigmático y simbólico (Joseph Curran, Heinrich Kaufmann y Josiah Welldone); no obstante, la estructura novelesca cambiará ligeramente en la cuarta y última parte, que se desarrollará en torno al personaje de Muram Clow (un nombre tras el cual también se podrían ver algunas alusiones o guiños) y que vendrá seguida de una «coda», que intentará ofrecer una suerte de explicación al misterio que ha mantenido atento y expectante al lector durante más de doscientas páginas. A su vez, cada una de esas cuatro partes se halla estructurada en capítulos o secciones numeradas, si bien en la última se produce otro cambio, pues se usan los números romanos y no los arábigos; de este modo, al lector no le queda duda de que el cierre de la novela se desmarca de los anteriores en múltiples y sugerentes sentidos, por lo que ha de continuar atento.

En medio de tal movimiento y trasiego de nombres, asociados además a cambios en las ambientaciones de las subtramas albergadas en los interludios y la coda, los cuatro bloques de la novela se sitúan básicamente entre Madrid y Atlanta en el tiempo presente –podría ser a principios del siglo XXI–. La obra gana unidad también gracias al hecho de que gozan de un hilo conductor, pues en líneas generales el argumento descansa sobre dos personajes: Daniel Bagao, un ingeniero que nunca ha ejercido como tal pero que se ha ganado muy bien la vida como redactor jefe de una revista de esoterismo que vende mucho pero en la que no cree nada (el autor Manuel Moyano también es ingeniero y trabaja actualmente como gestor cultural en la Concejalía de Cultura...), e Ismael Koblin, un investigador de ese mundo del esoterismo que después de mucho insistir un día se presenta ante Daniel Bagao y sacude su vida (nótese asimismo la recurrencia de los nombres, que son de origen bíblico –al igual que el nombre de los hijos de Daniel, Abel y Eunice– y que no andan muy lejos del nombre del escritor...). En primera persona se presenta a sí mismo Daniel Bagao al principio de la primera parte, pues se trata de un relato autodiegético. Desde su

perspectiva, pues, pocas líneas más tarde presentará al de Koblin, cuyo apellido a Bagao no le resulta habitual y cuyo físico no es descrito por él de una manera muy favorecedora. A pesar de las largas que continuamente le da, Ismael se planta en el despacho de Daniel porque cree que ha dado con el conde de Saint-Germain, aunque haya aparecido bajo la figura de un millonario norteamericano, figura que coincide demasiado con la de otras personas en documentos dispersos en tiempos y lugares diferentes como Alemania e Inglaterra. Para lograrlo el escritor domina el tempo narrativo, pero también el diálogo, entre ese par de personajes pero también entre los secundarios que intervienen.

Para tejer esa trama y hacerlo de manera que resulte llevadera y atrayente tanto para quien la lee como para quien la analiza, se necesita de una habilidad y una soltura que en este caso vienen a confirmar el mérito de Moyano. Así, el autor se vale del narrador para ir abriendo paréntesis explicativos (explícitamente lo hace en diferentes momentos como, por ejemplo, al inicio del segundo capítulo de la primera parte), explicaciones que el lector necesita para seguir la leyenda que realmente ha ido rodeando al conde de Saint-Germain durante siglos y a la que Manuel Moyano, tras haberse documentado intensamente, pretende dar una respuesta, eso sí, desde la ficción. También en esa estrategia de escanciar información para el lector se aprecia el sagaz aprendizaje literario de Moyano: detrás de ese tipo de narrador hay un autor implícito que maneja conscientemente lo que el lector sabe y no sabe, lo que necesita ir sabiendo y lo que no. El mérito desplegado al dosificar la trama en diferentes situaciones espacio-temporales queda ratificado al conseguir el punto exacto de equilibrio entre verosimilitud y fantasía, misterio y explicación para los lectores. Por ello, tal vez se podría ver cierto juego irónico de identificación entre el creador y la *criatura* que es la obra, como cuando Daniel Bagao en el capítulo veinticinco comienza afirmando lo siguiente: «Concatenar hechos disímiles, arroparlos con datos avalados por supuestos científicos y darle a todo ello una apariencia de verosimilitud era algo que se me daba bien, un terreno en el que me movía como pez en el agua» (pág. 173).

Gracias a esa pareja protagonista, igual que en otros motivos, se puede atisbar un profuso e intenso diálogo con obras literarias de todos los tiempos a las que de ese modo se rinde aquí un homenaje, sin renunciar tampoco al diálogo de ésta con el resto de obras de Manuel Moyano. En algunas entrevistas el escritor ha reconocido, por ejemplo, su admiración por Jorge Luis Borges (de hecho, la especialista I. Andres-Suárez estudiaba en 2012 la influencia de Borges en la obra de Moyano, en particular en la recopilación de microrrelatos *Teatro de ceniza*). No ha escondido tampoco su atracción por cuestiones más cercanas a la antropología, especialmente a través de libros de no ficción, como los de viajes o ensayos, aunque no resulte sencilla la catalogación de esas obras en las que ha abordado, por ejemplo, la curandería:

en ellas Moyano sabe darle a la realidad su parte de ficción, igual que sabe darle a la ficción su parte de verdad. Así, efectivamente, *La hipótesis Saint-Germain* se puede leer como una versión o un homenaje a la literatura escrita y leída, a la literatura en general. De hecho, ya en la segunda parte el propio personaje protagonista, en su descreimiento, da una especie de clave con su justificación:

La idea de que todo cuanto había logrado levantar en los últimos años pudiera venirse de golpe abajo me aterraba. Era cierto que no creía en *Mundo Oculto*; es decir, no pensaba que los contenidos de nuestra revista tuvieran la menor validez objetiva; pero sí estaba convencido de que ofrecía al público un medio de evasión no menos legítimo que el cine, la literatura o la pesca submarina (pág. 80).

Así, el esoterismo ofrece una evasión, igual que lo hacen los libros de viajes, los de Moyano o los de autores apreciados como Julio Verne, o incluso Homero en la *Odisea* (es más, un juego con ese título barajó el escritor para la obra aquí reseñada), aunque también se cita a Platón con motivo de la Antártida. Igualmente, puede intuirse algo del Dr. Jeckyll y del Mr. Hyde creados por R. L. Stevenson, que de algún modo podrían encarnar los dos protagonistas de *La hipótesis Saint-Germain* como, por ejemplo, en este pasaje:

Koblin y yo habitábamos en planetas distintos, en dimensiones paralelas que jamás llegarían a rozarse. Él vivía en un mundo de fantasía, donde seres inmunes a la decrepitud atravesaban los siglos y eran capaces de convertir un puñado de tierra en oro. Yo, en cambio, le hablaba de hechos que, si aún no habían sido probados, al menos quedaban contenidos dentro del ámbito de la lógica (pág. 98).

Poco después Daniel hablará de su necesidad de ahondar en las contradicciones de Ismael, para provocarlo y para contrarrestar su imaginación. Así, si en unos momentos, sobre todo al principio, el lector de *La hipótesis Saint-Germain* se puede identificar en cierta manera con el personaje de D. Bagao, conforme avanza la historia puede llegar a sentirse un poco I. Koblin, también porque el propio Daniel llega a dudar de sí mismo. Y aquí reside, consideramos, otro de los méritos de la obra: hacer tambalear las posturas extremas de ambos personajes, por lo menos a ojos del lector. De hecho, a partir de ese momento de la novela, hacia la mitad, comienzan a acelerarse las dudas, sobre la investigación y sobre las propias ideas y creencias; no obstante, al mismo tiempo también se van pronunciando los homenajes y los guiños propiamente literarios. Por ejemplo, a esas alturas de la historia Daniel Bagao se refiere a Asimov, Bradbury y Wells, y logra reconocer una cita de Shakespeare,

perteneciente a *Hamlet*. Pero se nos ha dado una clave, que al principio será sutil pero que irá explicitándose: la de la «navaja de Occam», también conocida como el principio de economía o principio de parsimonia, atribuido a Guillermo de Ockham, según la cual en igualdad de condiciones la explicación más sencilla suele ser la correcta. ¿O no?

Al lector le queda, pues, adentrarse en las profundidades de esta novela de Manuel Moyano para conocer la deriva de los personajes, para ver si el descreimiento se apodera de la imaginación o si la fantasía se adueña de la razón. Lo degustará en cada página, pero especialmente en las de la coda, donde se presenciara un derroche de imaginación, de registros y de *savoir faire*, porque cerrar tantos cabos sueltos, tantas hipótesis sobre Saint-Germain –y el misterio de la vida– no es tarea fácil. La variada lista de obras y premios del escritor seguramente no ha terminado, una lista a la que se le van sumando más estudios sobre su obra, que la sitúan en el buen momento literario que particularmente se está viviendo en Murcia y que en general le otorgan el merecido reconocimiento académico que habrá de ir creciendo. No sabemos qué partícula del tiempo infinito habrá sido la asignada al autor, pero tiempo al tiempo...